

cas estrañas al yo, y de esto puede convencerse quien quiera preguntarse á sí mismo si conoce los pensamientos, los sentimientos ó los proyectos ajenos como los propios; la conciencia que basta en este caso no es suficiente en aquel. Verdad es de sentido comun que juzgamos á los demas por nosotros mismos. Y en efecto debemos tener conciencia de nosotros mismos como espíritus unidos al cuerpo, debemos saber de qué manera se expresan los actos de nuestra vida espiritual por medio del idioma y de la actitud y de los movimientos del organismo para tener seguridad, remontando del efecto á la causa, de que los gestos y la voz de nuestros semejantes corresponden, como en nosotros, á una actividad interior ó son las manifestaciones de una alma. Los espíritus no se revelan á la observacion mas que en su union con la materia: el idioma nos hace conjeturar su existencia y el idioma no se percibe sino por nuestros sentidos. Así es que la sensibilidad nerviosa sirve de intermedio entre el sujeto y el objeto de nuestro conocimiento, entre el espíritu y sus semejantes, merced á las íntimas relaciones entre el alma y el cuerpo, porque el espíritu no se presenta á los sentidos. Inferese de esto que los espíritus se nos ofrecen de una manera indirecta como los cuerpos y con los cuerpos y podemos representarlos en la imaginacion porque son como los cuerpos, seres determinados. Nos figuramos las afecciones, los deseos, el carácter de nuestros semejantes, cuando llegamos á crear espíritus y relaciones sociales en la poesia y en los sueños; pero distinguimos con toda claridad las personas que se nos ofrecen en el conocimiento, de las que solamente son un producto de nuestra actividad de fantasia.

Espíritus, hombres, cuerpos, forman casi el mundo entero, y todo esto nos es dado indirectamente con excepcion de nuestro espíritu propio y de los fenómenos nerviosos de la vida animal, de la que tenemos un conocimiento inmediato; pero sobre todos estos objetos determinados concebimos la naturaleza, la humanidad, el espacio, el tiempo, que consideramos, con razon ó sin ella, como "infinitos" cada uno en su género; y sobre estos géneros admitimos todavía al ser único y completo que se llama Dios. ¿Cómo llegan á nuestros espíritus estos objetos supra-sensibles? Pues que hablamos de ellos son objeto del pensamiento, son inteligibles y pues que les atribuimos el carácter de lo infinito, nos son presentados. El infinito que muchos autores se complacen ahora en desconocer, tiene de particular que no puede ofrecerse á nuestra conciencia sino con la condicion con que se presenta y por consiguiente existe. Cuando un ser limitado se ofrece á nuestros sentidos, podemos en ciertas situaciones del alma, vacilar en

concederle una existencia objetiva, porque en nuestras alucinaciones y aun en las sensaciones aparentes solemos producir representaciones análogas á ese ser. ¿Pero sucede por ventura lo mismo con el infinito? Un ser limitado como es el espíritu humano produce ó crea cosas limitadas; pero en verdad que no puede inventar lo que no tiene límites, lo que ve mas allá de los límites de la observacion y no tiene representacion en la imaginacion. Reflexionese bien en ello porque implica una contradiccion: tan absurdo es suponer que lo infinito emana de lo finito como afirmar que el efecto sobrepuja á la causa y que el hombre ha de ser Dios.

Si alguna nocion tiene el alma de lo infinito, de lo absoluto, de lo perfecto, como cosas radicalmente distintas de lo que ella es en sí y de todo cuanto finito, imperfecto y relativo conoce, es necesario que estas cosas le sean dadas. ¿Y por quién y cómo? ¿Por el espectáculo del mundo, por la tierra ó el sol que están en el espacio y hieren nuestros sentidos? Imposible; porque todos los cuerpos en la tierra y en el cielo son limitados y nada infinito se presenta á nuestra vista. ¿Será por la educacion, por la tradicion, por el idioma, por la comunicacion con nuestros semejantes? Imposible; porque toda comunicacion entre los hombres se hace por medio de la palabra ó de la escritura y todo idioma se compone de signos materiales que hieren nuestros sentidos. Ningun signo visible, ningun sonido podrian revelar el infinito á quien lo ignore. Que sea el círculo un símbolo de lo infinito, pase; pero el símbolo supone una idea y su objeto es recordarla no crearla. Nadie al ver un círculo piensa en lo infinito sino es que ya lo conoce. No son pues nuestros semejantes quienes nos comunican las ideas de las cosas supra-sensibles: esas ideas están en nosotros lo mismo que en ellos y todos los esfuerzos del maestro se limitan á llamar nuestra atencion hácia objetos cuyas huellas tenemos en el alma. Mas no desapareceria la dificultad aunque concediesemos que los principios morales, científicos y sociales de la vida espiritual nos han sido trasmitidos por la tradicion, porque nuestros semejantes no tienen mas facultades que nosotros. ¿Cómo pudieron adquirir ellos por el idioma lo que nosotros mismos no podemos adquirir?

No; el infinito, el absoluto, lo perfecto no nos son ofrecidos por los sentidos ni por la educacion. ¿Qué debe inferirse de esto? Que nos son dados por ellos mismos sin intermedio alguno: que tenemos una facultad que nos pone en contacto con los objetos supra-sensibles, como la sensibilidad nos pone en relacion con el mundo exterior: que tenemos intuicion de las causas y de los principios como tenemos re-

presentacion de los fenómenos. La consecuencia es inevitable y concuerda perfectamente con la teoría psicológica de la razon. Si es opuesta á las pretensiones de la crítica ó para hablar mas claro, del escepticismo metafísico, es porque Kant, M. Renouvier y M. Mill han desconocido la razon. No hay duda que todo conocimiento claro es una intuición de las cosas; pero tenemos dos clases de intuiciones, una sensible por medio de los sentidos y de la imaginacion y otra "intuición intelectual," segun el tecnicismo usual, por medio de la razon. Solamente los sensualistas han negado este hecho, y no murmuro de un gran pensador al decir que de ellos ha tomado la rara tesis que formula en su "Crítica de la razon pura." Menos exclusivo es Locke: admite como Platon que hay ciertas verdades generales que son inmediatamente evidentes por sí mismas ó que son el objeto de un conocimiento intuitivo, lo cual, segun nosotros, no puede entenderse sino de la intuición intelectual, por cuanto á que los sentidos no perciben nada general; pero se engaña respecto del origen de estas verdades, es decir, acerca de la naturaleza de la razon. La razon, se ha dicho, es el ojo del espíritu y es en efecto, el sentido metafísico que nos abre el mundo superior, objeto de la especulacion, como los sentidos del cuerpo nos abren el mundo inferior objeto de la observacion. La razon nos revela á Dios y todo lo que es divino, lo bello, lo verdadero, lo bueno, lo justo, así como nuestros órganos nos revelan la naturaleza. Vemos las leyes y las causas; tenemos la intuición del principio de identidad, de la infinidad del tiempo y del espacio, así como tenemos la intuición de los seres determinados que nos circundan. Mas por una parte se dibujan los objetos en la imaginacion en donde pueden ser considerados por todo ser dotado de sensibilidad, y aun por el animal, mientras que por otra parte se necesita forzar la fantasía y elevarse sobre los hábitos vulgares del pensamiento para percibir los objetos en la pureza y sencillez de su esencia. ¿Quién puede negarse á ver que todo efecto tiene una causa y cómo se ha de confundir este principio general, aplicable á una multitud de cosas con el fenómeno especial de que el barómetro ha subido y el viento ha cambiado? Lo uno es una intuición sensible, lo otro es una intuición intelectual. He hecho ya constar la existencia cierta de intuiciones intelectuales, tratando del punto de partida de la ciencia en la psicología. Vienen estas intuiciones de la razon, no como facultad discursiva de juzgar y de razonar sino como facultad intuitiva ó receptiva, análoga á la sensibilidad, aunque se extienda á otro terreno de la realidad. La razon y los sentidos se completan y mani-

fiestan el carácter universal de la actividad humana que puede merced á los sentidos desarrollarse con relacion á la naturaleza, y merced á la razon, con relacion á Dios. Los sentidos nos dan una parte del material necesario para la vida del alma: la razon nos dá la parte restante. Los datos de la razon son tan irrecusables como los de los sentidos, supuesto que el entendimiento nada tiene que hacer en ello, y esos datos no están expuestos á alteracion ninguna, porque la razon no es como los sentidos un órgano material sujeto á las vicisitudes de la vida física. Es de advertirse sin embargo, que las intuiciones sensibles é intelectuales no pueden por sí solas demostrar la existencia de un objeto. Falsas pueden ser las sensibles y falsas las intelectuales: la intuición de lo infinito no nos libra de investigar en la metafísica si el espacio carece realmente de límites.

Los datos de la razon son las "ideas;" los datos de los sentidos son las "sensaciones." Las ideas son á las sensaciones, como la razon es á los órganos. La sensacion resulta de la impresion de los cuerpos en los nervios: la idea, de la impresion de las cosas divinas en la faz superior del alma. La idea es el sello de Dios en su obra, decia Descartes, como la sensacion es una huella de la naturaleza. Ambos son independientes de nuestra voluntad y en consecuencia son lo que deben ser, en virtud de las leyes generales que presiden á la comunicacion de las sustancias; pero al tomar la palabra idea en la acepcion precisa que le asegura un valor considerable en la cuestion de la existencia de los principios, es necesario distinguirla del conocimiento. Ni la idea ni la sensacion son un conocimiento, producto del entendimiento: la idea y la sensacion, hablando con propiedad, son un objeto del conocimiento. La sensacion es un intermedio entre el pensamiento y el mundo exterior: en nuestros órganos percibimos los cuerpos que los modifican; la sensacion es, y no los cuerpos, el objeto directo de nuestras percepciones. Lo mismo es la idea en el conocimiento supra-sensible que la sensacion en el conocimiento sensible: un intermedio entre el pensamiento y Dios: el objeto inmediato de nuestra intuición. Despues de todo el hombre lo ve todo en sí: en sus órganos, el mundo exterior y el mundo superior, en su razon.

Los objetos supra-sensibles son dados inmediatamente á la razon que es inseparable del alma. Por la razon estamos intimamente unidos á Dios en el pensamiento, y en el sentimiento tenemos inmediatamente conciencia del bien, de lo bello, de lo verdadero, de lo infinito, de lo absoluto, de todo lo que es divino en el mundo. Esto es, á decir verdad, una revelacion de Dios á la razon humana. De Bonald bus-

caba una revelacion primitiva, hecha al primer hombre y trasmitida por este á la sociedad, para explicar el problema del conocimiento racional: nosotros no tenemos iguales motivos para desesperar de la naturaleza humana y buscar un apoyo en la intervencion sobrenatural: la relacion ordinaria de la razon con Dios basta para vencer toda dificultad: la revelacion es para nosotros un hecho universal y permanente, no excepcional y corporal. Pero si el hombre está en relacion inmediata con Dios como consigo mismo, no tiene desde el origen la conciencia de esta relacion. El conocimiento de los objetos supra-sensibles necesita para ser exacto y científico una larga preparacion que desarrolle todas las fuerzas del alma.

La division del conocimiento segun sus fuentes corresponde á la division de nuestras facultades receptoras: tenemos por una parte conocimientos sensibles que traen su origen de la "sensibilidad" y de la imaginacion, y por otra, conocimientos no-sensibles que se apoyan en la "razon." La sensibilidad y la razon alimentan toda la vida del alma, y distribuyen todos sus actos, intelectuales ó afectivos, en dos grupos, sensibles ó empíricos los unos, especulativos ó no-sensibles, los otros. Tienen los primeros por condicion una intuicion sensible y los otros una intuicion intelectual.

El "conocimiento sensible" tiene por objeto los hechos, los fenómenos, los pormenores, todo cuanto se produce en el espacio ó en el tiempo, todos los actos de la vida física ó de la vida espiritual. Es tan extensa como la observacion ó la experiencia y como ella abraza dos series de fenómenos "internos," psicológicos, hechos de conciencia y "externos" ó físicos, hechos de la naturaleza. Si por historia se ha de entender la ciencia universal de los hechos, no de las leyes ó de los principios, toda la historia, la del alma, la de la sociedad, la natural, la del cielo y de la tierra, constituyen el terreno del conocimiento sensible. Y lo llamamos sensible para indicar su origen: sin los sentidos, careceriamos de relacion con los objetos individuales que pertenecen al mundo exterior y social: sin la imaginacion que es el sentido del espíritu no podriamos fijar los estados que se suceden dentro de nosotros y que marcan el porvenir incesante del alma; pero no quiere decir esto que baste la sensibilidad para darnos el conocimiento

Libro Segundo.

ORÍGENES DEL CONOCIMIENTO.

La division del conocimiento segun sus fuentes corresponde á la division de nuestras facultades receptoras: tenemos por una parte conocimientos sensibles que traen su origen de la "sensibilidad" y de la imaginacion, y por otra, conocimientos no-sensibles que se apoyan en la "razon." La sensibilidad y la razon alimentan toda la vida del alma, y distribuyen todos sus actos, intelectuales ó afectivos, en dos grupos, sensibles ó empíricos los unos, especulativos ó no-sensibles, los otros. Tienen los primeros por condicion una intuicion sensible y los otros una intuicion intelectual.

El "conocimiento sensible" tiene por objeto los hechos, los fenómenos, los pormenores, todo cuanto se produce en el espacio ó en el tiempo, todos los actos de la vida física ó de la vida espiritual. Es tan extensa como la observacion ó la experiencia y como ella abraza dos series de fenómenos "internos," psicológicos, hechos de conciencia y "externos" ó físicos, hechos de la naturaleza. Si por historia se ha de entender la ciencia universal de los hechos, no de las leyes ó de los principios, toda la historia, la del alma, la de la sociedad, la natural, la del cielo y de la tierra, constituyen el terreno del conocimiento sensible. Y lo llamamos sensible para indicar su origen: sin los sentidos, careceriamos de relacion con los objetos individuales que pertenecen al mundo exterior y social: sin la imaginacion que es el sentido del espíritu no podriamos fijar los estados que se suceden dentro de nosotros y que marcan el porvenir incesante del alma; pero no quiere decir esto que baste la sensibilidad para darnos el conocimiento

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEBAN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO